

HACIA TIERRAS DE EXTREMADURA



ba ya mediada la tarde cuando salimos de Salamanca, la de doradas piedras. Se deslizaron a nuestros pies, mansas, las aguas del claro Tormes, bajo el puente de hierro, y poco a poco hundiéndose en la lejanía, como mástiles de nave, desaparecieron las torres augustas de la catedral. El convoy enderezó su rumbo hacia el mediodía.

A trechos, resbalaban por la tersura del espacio azul, algunas nubes opalinas irisiadas de cambiantes por los fulgores de Febo.

Entre suaves lomas el tren llegase al campo de Arapiles y junto a la estación mísera, la llanura rota por pequeños altozanos, nos dice donde tuvo lugar la acción gloriosa.

Corría a la sazón el año 1812, el mundo ardía en guerras, Napoleón se dirigía a la «Santa Moscou» roto ya aquel pacto de alianza que en Tilsit conviniera con el zar Alejandro. ¡Quien habría de decirle que el 5 de Diciembre de aquel mismo año tendría que atender a su salvación personal, como luego le aconteció en el paso de Beresina! Corría a la sazón el año 1812, fecha gloriosa en los fastos de nuestra historia política, porque en ella se promulgó la sabia Constitución que rompía las cadenas y vertía luz en la negra noche del gobierno fernandino... Corría a la sazón el año 1812.....

Mas, concentremos nuestra atención en el recuerdo de los hechos de que estos campos fueron teatro, y al mágico conjuro de la Historia y de la fantasía, brotarán de los barbechos los nutridos escuadrones, vomitará fuego la artillería desde los encinares..

Vemos allí la caballería británica al mando de Sir Packenham, deshaciendo el ala izquierda de los franceses y en sus filas cobrando tres mil prisioneros.

Aquel cuyo cuerpo vacila un momento y se desploma luego desde el caballo, como masa inerte, es el general francés Marchand, herido mortalmente en la resistencia a la brillante carga de los ingleses que Siz Stapleton Cotton dirige.

Son las cinco de la tarde y es la misma hora en que nosotros por aquí pasamos: el campo está sembrado de cadáveres y moribundos; Marmont acude enérgico y

brioso para alentar a los franceses, pero una descarga de metralla le ha herido en un brazo y en el costado; varios camilleros le retiran de la primera línea.

Un desacertado ataque de Clinton hace renacer algunas esperanzas en las filas napoleónicas; Kole acude para subsanar el error.

El combate es ganado por las fuerzas de los aliados. Por los encinares de Alba van en desbandada los *franchutes*, después de dejar sobre el campo de batalla mil ochocientos muertos y entre ellos tres generales.

Los cerros de Arapiles, por esta vez, serán peñaño en donde Wellington se apoye para su gloria futura, de análogo modo que por esta acción, se le concedió el Toisón de Oro, y cuya insignia le fué regalada por la princesa de la Paz, Doña María Teresa de Borbón, la cual le hizo obsequio con el mismo que usara su padre el infante Don Luis.

Viento suave se filtra hasta el viajero entre los chaparros que bordan la vía; comienza a anochecer... ¡Oh, que amargura tan grande en esta, la de ver caer la tarde en plena Castilla!

Dejando atrás La Maza, pueblo que debió tomar su nombre de algún batán por allí establecido, llegamos a Alba de Tormes cuando Venus - el lucero de la tarde:

esa estrella que siempre ha sido mía

ya brilla rútila en la inmensidad del cielo.

Majestuosa, con sus torres gallardas y evocadoras, tenía Alba de Tormes en el crepúsculo, un gesto de pesadumbre y de pretérito mirándose en las aguas claras del río que cantó Fray Luis.

Mansamente, tras el gañan los bueyes, tornan sudorosos y satisfechos al viejo lar donde hay establos con paja, heno oloroso, alacena con morcillas y sótano fresco con gustoso mosto. Bestias y hombre abren el surco de esta tierra feracísima; hombre y bestias de ella se alimentan, pues así lo aprendieron de sus abuelos los vacceos, cuando este lugar llamábase *Albia*, según nos dice Ptolomeo.

En 4 de Julio de 1140, esta ciudad recibió de Alfonso VII, su fuero municipal, del cual se conserva una copia literal de tiempos del Rey Sabio.

Sufrió las consecuencias de las guerras de frontera entre los Alfonsos IX y VIII de León y Castilla respectivamente; y aquí la Santa reformadora, aquella que en el mundo se llamó Teresa de Cepeda y Ahumada.

alcanzó la alta vida que esperaba, y por la que moría sin morir.

Con un clamor lastimero reanuda el convoy su perezosa marcha por la campiña agreste. Es de noche, hay sombras, débilmente alumbran las estrellas, el coloso de Gredos se agiganta por el sudeste y sopla con aliento estremecedor, hoscos nubarrones ciñen su plateada cabellera.

En los vericuetos del paisaje, donde se rompe la adustez de la severa Castilla y viene ante los ojos un nuevo escenario de fronda, surge gallarda, airosa, marcial, la figura de Julián Sánchez «el Charro» guerrillero salmantino natural de Santiz: alto de estatura, rubio de pelo, azules los ojos, el rostro ovalado, en el pecho el arrojado de un Viriato y en los músculos las fuerzas de un Hércules. Jefe fué de aquellos doscientos *garrocheros* espanto y castigo de las columnas francesas. Hombre recio de temple cuya memoria aún vive en el seno del pueblo, tributo póstumo de reverencia, el más sincero de cuantos la posterioridad puede ofrendar a un héroe.

Rueda de boca en boca, consagrado por el folk-lore de la comarca, ved sinó:

Quando Don Julián Sánchez
monta a caballo,
se dicen los franceses:
ya viene el diablo.

Y mientras la bejarana «cuida la becerro» canta poniendo aquel garbo de su voz cristalina y aquel fuego de sus ojos de misterio:

¡Ea, ea, ea
ea, ea, eh,
es un lancero
que me viene a ver;
él me quiere mucho,
yo le quiero a él.

¿Quien oyendo esto, no evoca enardecido, la tromba brava de aquellas huestes armadas de largas pértigas, nuevos «cosacos» del hispano suelo?

En una estación anodina, el tren ha parado y de lejos entre la bruma de la noche húmeda, viene esta copla:

Andamos por los montes
despedazando
águilas imperiales
que van volando.

Fué «el Charro» liberal hasta la médula, como lo fueron el Empecinado y Juan Palarca eximio guerrillero toledano, médico del lugar de Villaluenga de la Sagra, pues

pensaban—y por cierto muy cuerdamente—que una vez seguro el patrio suelo, era preciso nutrir de savia limpia y nueva el modo de ser íntimo del país, tan necesitado de hombres probos y de ideas sanas.

Siguiendo nuestra ruta, levántase casi aplastante la masa enorme de la sierra de Bejar con el pueblo al pie, la antigua *Deobriga* de los vettones, o la *Vecor* según Appiano, donde el héroe lusitano, halló asilo perseguido por las legiones de Fabio Máximo Emiliano.

Solar de los Cerda, los Pacheco, los Zúñiga, que sucesivamente fueron heredando el título de Duques, de los cuales uno, recibió la más alta ofrenda que noble alguno en su agasajada vida pudiera recibir, esto es: la primera parte de aquel famoso QUIXOTE, que por los años de 1604 componía Miguel de Cervantes.

En 1824, adquirió gran impulso la industria de los paños en este pueblo de Béjar, debido a la importación que se hizo desde Bélgica y Sajonia, de perchas, lustres, cepillos, aparatos para cardar y la primera máquina de elaborar bayetas. Hoy esta manufactura está en decadencia, y solo el Estado se surte de ella.

Montemayor tiene unos baños muy importantes, pero sin hospedería, están abandonados como la mayoría de las fuentes de riqueza del suelo español.

Al pasar por Oliva, hemos recordado las guerras fatídicas entre Portugal y Castilla, de la cual fué este pueblo fortaleza.

Ya en Plasencia, en la otra vertiente de la sierra frígida y brava, abandonó el departamento donde unos pollos de *trinchera* y *chanchullo* cantan «Las tres».

Me lanzo al andén alumbrado medianamente y con fuerte olor a embuchado.

¡Ya estamos en Extremadura, la feraz, la egregia madre de los Pizarro y los Cortés con los Valdivia y Orellana! ¡Dios te salve!

Inocente GARCÍA Y CARRILLO.

Septiembre 1927.

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega
a todos los Centros de Cultura y Casinos de
España, por lo que el anuncio adquiere ex-
traordinaria publicidad y provechosos bene-
ficios.